

sa de lirismo y reflexión: el uso de la segunda persona —de principio a fin del extenso poema— es un acierto expresivo, el vehículo idóneo para conducir la historia personal, única e irrepetible, hasta el territorio universal de la dicha poseída y del infortunio inexorable. Desdoblamiento *yo-tú* que transfigura la anécdota en categoría, y que tiene en Luis Cernuda uno de sus más hondos precedentes: evocación, contemplación, indagación, conocimiento:

Su nombre está en ti mismo, bien conoce tu carne la
voluptuosidad eterna de un momento sin sumisión
posible a lo sensato.

Plantea, además, *El protagonista de la fortuna...* la imposibilidad de revivir con palabras lo que vivió unos instantes, y después ya no fue más, murió definitivamente. Al principio del poema lo proclama:

Tus recuerdos no valen sin su cuerpo
ni hallarás semejanza en las palabras.

El «rebelde, mezquino idioma» de Bécquer. El lenguaje «insuficiente», que tan bien estudió Jorge Guillén. Como en Luis Rosales, como en José Hierro, y en tantos grandes poetas, sin embargo, al final, sólo queda la memoria: «Porque es la historia de los hombres esto, vivir un día y recordarlo siempre»; y aunque la palabra sea «sólo una impalpable y adherente traducción de ceniza»⁵.

También en el libro siguiente, *Serán los ídolos de la belleza* (Premio «Rafael Morales» 1982), los recuerdos constituyen el hilo conductor del discurso poético, su raíz y su copa, el entramado dialéctico de los contrarios: mañana-noche, compañía-frío, amor-soledad: son los cuatro poemas iniciales que integran la primera parte, elocuentemente titulada «Esta es la ceniza de los recuerdos». Encontramos, de nuevo, al cantor apasionado del amor, al encendido adorador de la belleza corporal, pero también, e inevitablemente, al poeta elegíaco, porque quien ha amado —y ama— la luz y el fuego, sabe mucho de tinieblas y helores. Desde el primer amplio poema, desde su mismo epígrafe, «Ejercicios para recobrar el nombre de una ciudad antigua», la memoria y el verbo van a conjurar el espacio de la escritura poética: la ciudad y sus calles, el ámbito urbano, recurrente en la poesía de Arturo del Villar (con la notable excepción de *El protagonista de la fortuna...*), como, asimismo, el reino de la noche. El amor encontrado en la calle, buscado y perdido innumerables veces. Nombres, cuerpos, que se suceden, superponen y confunden en cuartos alquilados. Desesperación del náufrago, en la noche, sin alba, perseguidor exhausto de una quimera y atrapador tan sólo de su desolación. Porque al final de todos los caminos

⁵ Luis Rosales, en «A imitación de prólogo», *La casa encendida*, Madrid, Revista de Occidente, 1967; pág. 16.

sin camino, de las calles rotas y las habitaciones opacas, lo que se contempla y posee, no es sólo dolor y soledad, sino la misma muerte.

Varios poemas de este libro van encabezados por títulos muy extensos y, en principio, nada «poéticos», más propios de los textos discursivos, de ensayos; de esta manera la frialdad conceptual del rótulo sirve de contraste o contrapunto con la intensidad lírica, la riqueza imaginativa y metafórica, la voz apasionada del poema; y también una búsqueda de objetividad, de encauzar y distanciar los sentimientos personales, el siempre turbulento fluir del yo. «Esta es la exposición secreta», segunda y más amplia parte de *Serán los ídolos de la belleza*, así lo muestra: personajes de épocas diferentes acompañan a la voz del poeta, identificado éste con sus pasiones y angustias, con sus anhelos y fatigas, con su amor y su dolor. Con su destino final de muerte. En «La pasión según Pasolini» leemos:

Morir es conocer que un cuerpo bello
no permanece más que en la memoria.

En un poema cuyo título no es sólo «retórico», meta-artístico, meta-filmico (sobre la película *El evangelio según Mateo*, una de las más célebres del escritor y cineasta italiano), sino, ante todo, polisémico: *pasión* de amor y deseo, y *pasión-padecimiento* de la tradición cristiana, en el ritual del sacrificio que conduce, inexorablemente, a la consumación total: pasión y muerte de Jesucristo. Y la muerte es la protagonista absoluta de este poema, que comienza:

Bajo la sombra de la muerte pasan
la vida y el amor con sus violines (...)

o, unidos siempre amor y muerte, en el final del titulado «Amor, razón peor del mundo, cuando no sinrazón o sinmundo»:

Sólo el amor se iguala al tiempo:
descubren los amantes que la muerte
fue su destino inútil y esperanza.

Destaquemos, finalmente, la presencia, una vez más, en este libro, del versículo, de los versos de arte mayor muy amplios (como el formado por tres heptasílabos), y de dos metros muy utilizados por Arturo del Villar: el alejandrino y el endecasílabo, asonantados o sin rimas (blancos); sin que falte alguna otra muestra —un romance en eneasílabos, por ejemplo— del dominio formal, métrico y estrófico, de este poeta, en quien han convivido, a lo largo de su andadura poética, el versolibrismo y la métrica clásica.

En 1983, Arturo del Villar publicó también el que es, hasta la fecha, el último de sus libros poéticos editados: *Miseria de la poesía*. Escrito «a lo largo de varios años», como su autor declara en breve nota inicial, «es

resultado de lecturas poéticas y de meditaciones sobre la poesía», y por esta razón fundamental «no lo considera terminado todavía». Ejemplo preclaro de libro abierto, sus poemas metapoéticos corresponden en su gran mayoría a los siglos XIX y XX, desde Goethe, Baudelaire y *Les fleurs du mal* y Rimbaud, hasta Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Aleixandre, Cernuda, Jorge Guillén, Neruda y Blas de Otero; y, de lenguas no españolas, Apollinaire y sus *Calligrammes*, Eliot y los *Four Quartets*, y el griego de Alejandría, Cavafis. Las dos excepciones de siglos anteriores son Jorge Manrique y Quevedo, éste último a partir de uno de sus versos más conocidos, el endecasílabo «Diéronle muerte y cárcel las Españas», que Arturo del Villar glosa asimismo en versos de once sílabas:

Porque escribir es un trabajo oscuro
que lleva del desierto hasta el destierro.

El primer poema del libro, de epígrafe, una vez más, «ensayístico» —«La obra de arte reducida a su origen demuestra que es causa final del conocimiento»—, es una indagación de la palabra, por la que todo es, en la que todo existe:

Nombra la libertad y la mantiene
sobre la escena hostil y sobre el cielo.

Y, justamente, el poema que sigue está dedicado al autor de *Eternidades*, al poeta más estudiado y editado por Arturo del Villar, Juan Ramón Jiménez, «buscador persuasivo de la palabra exacta/ que llueve en el espíritu del hombre». Hermosa exploración, la de este libro, por algunos visionarios eximios, fundadores de la palabra poética, creadores de universos: desde la que contiene «todo lo prohibido, [...] todo lo imperfecto», en «Lectura de *Les fleurs du mal*», hasta «la palabra revelada en las calles como memoria», la palabra «colectiva» y la palabra «en libertad», del poema «Lectura de *Pido la paz y la palabra*». Y desde las diferentes aventuras poéticas, Arturo del Villar elabora —en palabras de Leopoldo de Luis— «su propio fluir poético, siempre preocupado por esa clave central: la palabra es materia pobre —esa es la miseria de la poesía—, pero enriquecida y transformada por la poetización —esa es su grandeza, podríamos añadir—»⁶.

Y no terminemos sin señalar que el título de este poemario es un homenaje a Karl Marx: trasposición de su *Miseria de la filosofía*, obra citada al comienzo de *Miseria de la poesía*. Para Arturo del Villar el pensamiento de Marx es importante, y nueve años después conviene recordarlo frente a los que quieren enterrar la historia, y colocar este homenaje de un poeta español de nuestros días al padre del marxismo, junto a la afirmación de

⁶ «Transformación y creación», *Ya*, Madrid, 22 de enero de 1984.

Umberto Eco en una entrevista reciente: «Marx era un gran filósofo y un gran pensador»⁷.

La alianza poeta-crítico es bastante frecuente. Arturo del Villar la hizo suya desde sus principios literarios. Y al poeta y crítico de poesía se unió el editor de libros poéticos a partir de 1981, año elegido no al azar, sino por celebrarse, en él, el primer centenario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez: la editorial Los libros de Fausto creada por él en la capital de España se presentaba con sendos homenajes al «andaluz universal»: *Autobiografías y artes poéticas*, una selección temática de sus aforismos, en edición del propio Arturo del Villar, y *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, breve, pero muy sugestivo recordatorio escrito por la poetisa de 1927 Ernestina de Champourcin. Con el primer título nacía la colección Anaquel de poesía; con el segundo, Anaquel de recuerdos. Once años después, son cinco las colecciones de esta editorial, mantenida con el único y exclusivo esfuerzo de su fundador. La tercera en nacer, en 1982, fue Anaquel de ensayos, que cuenta con cuatro volúmenes, dedicados a otros tantos poetas: Vicente Aleixandre, León Felipe, Gerardo Diego y Juan Ramón Jiménez, por orden de aparición. En los cuatro encontramos, junto al editor, al estudioso y ensayista Arturo del Villar, aunque en *El viejo pobre poeta prodigio León Felipe* (1984, «edición de homenaje en el centenario de su nacimiento») la autoría del volumen es compartida con otros tres autores.

Los libros de Fausto se amplía en 1987 con una nueva colección, Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón, cuyo volumen octavo ha aparecido en la primavera de 1993. En las portadas y cubiertas de los ocho se reproducen las firmas del matrimonio, lo que unido al título de los *Cuadernos* no hace más que subrayar el propósito del editor: ser fiel a la voluntad firme y constante del poeta, hasta la última expresada en su testamento: «[...] sea todo para Zenobia, de quien fue y será siempre mi corazón», y «En la lápida o losa, que debe ser sencilla, se pondrá nada más: Juan Ramón/ de Zenobia». Precisamente, los testamentos de ambos se publicaron en el número 3 de los *Cuadernos* (primavera 1989), introducidos con un extenso y muy documentado texto de Francisco Hernández-Pinzón, que tanto y tan bien ha cuidado y cuida el nombre y la obra, la memoria viva de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez. «De Zenobia y Juan Ramón», textos de ambos, y «Con Zenobia y Juan Ramón», estudios sobre los dos, son las secciones fijas en los seis tomos publicados, que cuentan ya con colaboradores tan prestigiosos y destacados en la investigación, crítica y edición del poeta de *Animal de fondo* como Graciela Palau de Nemes, María Teresa Font, Concha Zardoya, Francisco Garfias, Eugenio Florit, entre otros, destacando la presencia, en seis de los volúmenes publicados, de Ernestina de Champourcin, con cuatro textos de carácter evocador, en la línea de

⁷ El País semanal, 26-27 de enero de 1991.